

PLINIO

Carta 9
(ca. 50)

Útil es sobre todo —y muchos aprovechan de ello— el traducir bien del griego al latín, bien del latín al griego, en cuyo género de ejercicio se prepara la propiedad y el decoro de la lengua, la imitación de las figuras, la fuerza argumentativa y además la facultad de hallar, con la imitación de los mejores, cosas semejantes. Pues, si al lector se le escapan algunas cosas, al traductor no se le pueden escapar. Con ello se adquiere inteligencia y juicio.

(Trad. Miguel Ángel Vega.)

SAN AGUSTÍN

De la doctrina cristiana
(ca. 397)

16. El mejor remedio contra la ignorancia de los signos propios es el conocimiento de las lenguas. Los que saben la lengua latina, a quienes intentamos instruir ahora, necesitan para conocer las divinas Escrituras las lenguas hebrea y griega. De este modo podrán recurrir a los originales cuando la infinita variedad de los traductores latinos ofrezcan alguna duda. Es cierto que encontramos muchas veces en los Libros santos palabras hebreas no traducidas, como *amén*, *aleluya*, *raca*, *hosanna*, etc. Algunas, aunque hubieran podido traducirse, conservaron su forma antigua, como acontece con *amén* y *aleluya*, por la mayor reverencia de su autoridad; de otras se dice que no pudieron ser traducidas a otra lengua, como ocurre con las dos últimas. Existen palabras de ciertas lenguas que no pueden trasladarse con significación adecuada a otro idioma. Esto sucede principalmente con las interjecciones, puesto que más bien tales palabras significan un afecto del alma, que declaran parte alguna de nuestros conceptos. Tales muestran ser las dos que adujimos, pues dicen que *raca* es voz de indignación y *hosanna* de alegría. Mas no por estas pocas, que son fáciles de notar y preguntar, sino por las discrepancias de los traductores, es necesario, según se dijo, el conocimiento de las mencionadas lenguas. Los que tradujeron las sagradas Escrituras de la lengua hebrea a la griega pueden contarse, pero de ningún modo los traductores latinos. Porque en los primeros tiempos de la fe quien creía poseer cierto conocimiento de una y otra lengua se atrevía a traducir el código griego que caía en sus manos (...)

21. De los signos ambiguos hablaremos después; ahora sólo tra-

tamos de los desconocidos, los cuales tienen dos formas por lo que toca a las palabras. Lo que hace vacilar al lector es una palabra o una locución desconocida. Si esto procede de lenguas extrañas se ha de preguntar el significado a hombres que las conozcan perfectamente, o aprender tales lenguas, si hay tiempo e ingenio, o confrontar las versiones de varios traductores. Si ignoramos las palabras y los giros de nuestra propia lengua, vendremos a conocerlos con la costumbre de oír y de leer. Ninguna otra cosa ciertamente hemos de encomendar con más cuidado a la memoria que esta clase de palabras y expresiones que ignoramos, a fin de que, cuando encontremos a alguno que esté más instruido a quien le podamos preguntar, o nos hallemos con tal expresión en la lectura que por lo que precede o lo que sigue o, en fin, por el contexto se manifieste el significado y valor de la palabras que ignoramos, podamos fácilmente mediante la memoria advertirlo y aprenderlo. Tan grande es el valor del trato con alguna cosa para aprender, que los mismos que fueron para criados y alimentados en las Santas Escrituras se maravillan más de otras expresiones y las tienen por menos latinas que las que aprendieron en las Escrituras y no se hallan en los autores latinos. Aquí ayuda mucho mirar y examinar la variedad de traductores cotejando sus versiones; para eso sólo se requiere que no haya error en ellos. Porque el primer cuidado de los que desean conocer las divinas Escrituras debe ser corregir los ejemplares para que se prefieran los ya enmendados a los no enmendados, si proceden de un mismo origen de traducción.

19. Acontece que no se ve cuál sea el verdadero sentido de un mismo pasaje cuando muchos autores intentan darlo a conocer, según la capacidad y el discernimiento de cada uno, si no se coteja con el original la sentencia traducida por ellos; y muchas veces si el traductor no es doctísimo se aparta del sentido del autor; por esto para conocer el sentido es preciso recurrir a las lenguas de donde se tradujo el latín; o consultar las versiones de aquellos que se ciñeron más a la letra, no porque basten éstas, sino porque mediante ellas se descubrirá la verdad o el error de los otros que al traducir prefirieron seguir el sentido que verter las palabras. Porque muchas veces no sólo se traducen las palabras, sino también los modismos que no pueden en modo alguno trasladarse al pie de la letra, al latín, si se quiere guardar la costumbre de los antiguos oradores latinos. Estos giros algunas veces no hacen cambiar el sentido, pero ofenden a los que se deleitan más en las cosas cuando se guarda cierta propia integridad en sus signos. Lo que se llama solecismo no es más que enlazar las palabras sin aquella norma con que las acoplaron los que anteriores a nosotros, no sin autoridad, hablaron de la lengua. Así, por ejemplo, nada le interesa al que intenta el conocimiento de las cosas el que se diga *inter homines* o *inter hominibus*, entre los hombres.

¿Y qué cosa es el barbarismo sino el escribir una palabra con distintas letras o pronunciarla con distinto sonido con que la escribieron o pronunciaron los que antes de nosotros hablaron latín? El que pide perdón de sus pecados a Dios poco se preocupa de cualquier modo que suene la palabra *ignoscere*, perdonar, ya se pronuncia larga o breve la tercera sílaba. Luego ¿en qué consiste la pureza en el hablar, sino en la observancia de la costumbre ajena confirmada por la autoridad de los antiguos que hablaron la lengua? [...]

(Trad. D. Martín)